

ALBUM DE SEÑORITAS

CORREO DE LA MODA.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

INSTRUCCION.

ATHALIA.

Si el fin de Athalia no fuese una leccion saludable á los reyes, y un ejemplo de la justicia de la Providencia, fueran sus crímenes motivo para decidirmos acaso á eliminar su historia de la de las mugeres de la Biblia, por no mancharla con la personificacion exacta de la impiedad perseguida, de la venganza, de la ambicion y de la crueldad. Demostracion por otra parte, de la triste herencia que dejan á los hijos los malos padres, no está demás ofrecer á los buenos este cuadro histórico, si quier no le necesiten para educar á sus hijos en el temor santo de Dios y en la práctica sincera de la virtud.

Hija de Achab y de Jézabel, escedióles en maldad, como si recelase no ser tan perversa como ellos. Su alma feróz no abrigó sentimiento bueno; ni el cariño á la familia ni la ternura maternal se amidaron en su pecho. Athalia insulta

al cielo, desoye la voz de la sangre, despoja el templo de Dios y le abandona, é inmola á sus parientes escapados del hierro enemigo por que no ocupen el trono que les usurpa. Sin ninguna de las dulces virtudes de la muger, Athalia mostraba los mas odiosos defectos del hombre.

Nació el año 3,120 de la creacion, y casó con Jorám, rey de Judá, hijo del buen Josafat.

En vez de imitar Joram á su padre, entregóse á las impietades que le aconsejó su muger. Por que así como la virtud de la muger conduce al bien, así sus vicios arrastran y precipitan al mal. Su ejemplo y su palabra crean ó destruyen á la par que la felicidad doméstica, una parte de la grandeza y prosperidad de las naciones. La muger es como una imagen del que fué el mas bello de los ángeles en tanto que fué fiel á Dios, y que se hizo horrible al punto que le desconoció. Pronto Athalia y Jorám fueron dignos el uno del otro: inspiróle, ó desarrolló en él la ambicion, la sed de sangre, el desprecio á las cosas divinas; porque na-



da es mas natural, en efecto, que la religion, que determina y consagra los derechos, y que modera el empleo de la fuerza se haga odiosa á los que no atienden sino á sus caprichos, y solo buscan en el poder un medio de dominacion absoluta.

Joram hizo morir á sus numerosos hermanos, y abrazó la idolatría. No tardó, empero, el castigo de Dios. Los filisteos y los árabes de las orillas del mar Rojo hicieron frecuentes ineursiones en sus estados, y se apoderaron de sus hijos, y les dieron muerte, escapando únicamente Ochozias. Una enfermedad dolorosa y repugnante le mató al cabo de dos años; y el pueblo le juzgó indigno de los honores de la sepultura que tributaba á sus buenos monarcas, espando así despues de su muerte sus crímenes, y ofreciendo ejemplo tan elocuente á sus sucesores.

Siguióle Ochozias en el trono, y siguióle en la senda de la iniquidad por que le condujera su madre, muriendo á manos de Jehu, vengador de la sangre de los Profetas.

Sin hacer caso del fin de su marido y de su hijo, que parecia un aviso de la Providencia, Athalia, por llenar su ambicion, traspasó los limites de la crueldad. No satisfecha con haber reinado de hecho en tiempo de su esposo y de su hijo, con reinar y gobernar á nombre del mayor de sus nietos, hizoles degollar á todos, y se creyó segura en el mundo. Pero no se acordaba de Dios, que la preparó su ruina.

Ochozias tenia una hermana de padre, llamada Josabeth, que casó con el Pontífice Joiada. Era entonces costumbre unir por marriage el sacerdocio y el imperio. Llegó Josabeth cuando la dego-

llacion de sus nietos, y libra del puñal de los verdugos á su hijo Joas, confiándole con su nodriza al gran sacerdote su marido. El príncipe estuvo seis años oculto en el templo, formándose su corazon en el estudio de los libros santos.

Athalia reinaba por el terror, contra la costumbre de los Israelitas, que excluian, por lo general, á las mugeres del trono, y contra la prediccion de los Profetas, no perteneciendo á la tribu de Judá, ni á la raza de David. La idolatría, que introdujo y protegió en la santa Jerusalem, era lo que con mas impaciencia llevaba su pueblo, y sin embargo no parecia inquieta por el porvenir. Ni se cuidaba del deseosuelo general, ni del jóven Levita; y Joiada no parecia meditar grandes designios. Pero es precisamente uno de los caracteres de la venganza celeste estallar de repente y por el medio mas inesperado, á fin de que el hombre sepa que es impotente para prevenirla.

La dignidad del Pontífice daba á Joiada una autoridad soberana en las cosas de la religion, y grande influencia en un gobierno teocrático. Juez del pueblo, era su deber la defensa de la inocencia, y derribar á Athalia de un trono, al que no pudo subir por su sexo y origen, y que deshonoraba con sus delitos. Respetado de todos por sus cualidades eminentes, resolvió poner término á la tirania en que gemia la Judéa.

Tenia apenas 7 años Athalia, y contaba 6 de reinado. El Pontífice comunicó su pensamiento á los mas influyentes, y concertó con ellos una tentativa que, gracias á su habilidad, á la discrecion de los conjurados, al ódio general á la usurpadora, y al amor á Joiadas, tuvo el mejor

éxito. Debía tener lugar un sábado para que no fuese de estrañar la concurrencia. Llegó el señalado; presentáronse en el templo de Jerusalem los partidarios del Pontífice; y presentando á Joas á los fieles, «hé aquí al hijo del rey, les dijo; el reinará como Dios lo tiene prometido á la posteridad de David.» Aclamado el niño por la multitud, dividióla incontinenti bajo la direccion de los sacerdotes á fin de defender el templo y proteger al Principe, proveyéndola de las armas tomadas al enemigo por David y sus sucesores, allí conservadas. Seguro el infante á virtud de estas disposiciones, cínele su padre la diadema, y le unge, con el libro de la ley en la mano.

¡Viva el rey! grita el pueblo alborozado; y Athalia, estrañando la conmocion que se estendia, corre temeraria al templo. Divisa desde el umbral al jóven principe sobre un trono rodeado de oficiales y soldados, y lleno el templo de una muchedumbre ardiendo de entusiasmo. ¡Traicion, traicion! grita entonces desgarrando furiosa sus vestidos; y sublevando su presencia los espíritus, iba á perecer en aquel lugar sagrado, cuando adelantándose Jojada, y haciéndose oír, «sacadla de la casa de Dios, y degolladla, y al que la siga» dijo, y fué al punto obedecido.

Tal fué el fin de Athalia, víctima de una desenfrenada ambicion; ejemplo memorable del juicio severo reservado á la impiedad y la tiranía.

No fué infructuosa al pueblo hebréo esta revolucion. Joas y Jojada murieron llorados de su pueblo.

A la celebridad que la Biblia ha dado á este episodio de la historia de Judéa, se agrega la que le ha dado Racine en su

célebre *Athalia*. Esta reina impia y sanguinaria, oprobio de su sexo; ese débil niño salvado de la proscripcion y de la muerte, ese sacerdote que prepara en silencio el castigo del crimen y el triunfo de la inocencia y del derecho, todos estos caractéres han sido objeto, por un milagro del genio, de la compasion dramática con que mas se honra la historia francesa.

A. Pirala.

A la Señorita Doña C.....

EL INVIERNO Y LA CARIDAD.

¿Dó fueron del bello estio
Las alboradas felices,
Las tardes encantadoras
Y las noches apacibles?
¿Recuerdas? ¡Cuán deliciosos
Eran los ricos matices
Que desplegaban las flores,
En el prado y los jardines!
Acariciaban el mundo
Auras puras y gentiles,
Y el placer embellecia
Los mas distantes confines.
Tesoros de luz y vida,
Rumores indefinibles,
El corazon halagaban,
Mas venturoso, mas libre.
Perdida allá en el espacio,
La tierna alondra invisible
Himnos de amor entonaba,
Que solo el amor concibe.
Horas de paz venturosa
Y de emociones sublimes,
Qué envidiáran, tú lo sabes!
Los alados querubines.
Ya se anublaron los cielos,
Sus riquezas perdió el iris,
Y el amor, en vez de rosas,
Crespones fúnebres ciñe.
Ya en silencio pavoroso
Largo luto el mundo viste,
Y el génio de los desastres
Su horrible sello le imprime.

II.

¡Oyes, hermosa, cual brama
Ronco el cierzo en monte oscuro,
Y el horizonte inseguro
Estremece el sordo mar,
Mientras en el seco bosque
Dó insano huracán batalla,
La ultrajada copa estalla
De la encina secular?

¡Mústias hojas, polvo yerto,
De antiguas glorias despojos;
Do quiera mudos abrojos
Y amarga desolacion!
De la muerte el negro manto,
Del valle á la enhiesta cima
Tiende su sombra, y lastima
Los ojos y el corazón.

Avaros el sol ocultan
Los rudos, fugaces dias,
Sin eco las armonias
Misteriosas del placer.
No pidas al campo aromas
Ni caprichosos matices;
No pidas dias felices,
Ni consuelo á ningun ser.

Preso yace el bello lago
Dó se pintaban los cielos;
Larga inercia, rudos hielos
Profanan el grato eden.
¡Ni una fuente que suspire,
Ni una brisa halagadora,
Ni una flor encantadora,
Gala digna de tu sien!

Sobre un mundo de tinieblas
Desatado ruge el Noto;
En vano invoca el piloto
El cielo hostil que no vé.
En devastacion horrenda,
Cuando el orbe se estremece,
Cuando nada asilo ofrece,
Do fljar incierto el pié?

¡Las perdidas ilusiones
Con fé tibia lloraremos,
Y el invierno deberemos
Insensatos maldecir?
¡No, no! del lóbreo seno
De esos aparentes males,
De consuelos celestiales
Hé allí un destello surgir!

III.

¡Ves aquella cabaña que perdida
En la estension remota,
A su furor sin freno estremece,
En bronco giro el huracan azota?

Escucha! aquella misera cabaña,
Perdida en parda niebla,
Duelo sembrando y afliccion estraña,
Tirano atroz el infortunio puebla.

Alli se elevan manos suplicantes,
Y plegarias ardientes;
Suben al cielo preces incesantes
Al estruendo fatal de los torrentes.

Alli una madre, á sus desnudos hijos
Mira sin pan ni lumbré;
Y en afanes inútiles, prolijos,
Trémulo cruza la nevada cumbre.

Misero padre que esforzado arrostra
La tormenta sañuda,
Y al rudo peso del dolor se postra,
Que el mundo impio le deniega ayuda.

¡Demanda lumbré y pan! Nadie le escucha,
Ni le tiende una mano;
Con el frio y el hambre el padre lucha,
¡Y un amigo no vé, no vé un hermano!

¡No dudes, no! que su inmortal acento
La Caridad levanta;
Céfiro blando es el airado viento,
En escena de amor tan tierna y santa.

Salvemos los torrentes y el abismo:
La cabaña se agita.....
¡Maldicion sobre el sórdido egoismo!
¿Oyes la voz que «caridad!» nos grita?

¡Podieran el orgullo y la opulencia
Dicha mayor brindarnos,
Que allí, de la propicia Providencia
Inspirados intérpretes mostrarnos?

Brillo mayor despedirán tus galas,
Mas noble tu hermosura
Será, al tender la caridad sus alas
De oro y carmin sobre tu frente pura.

Y ¡quien cual tu, tan tierna y bondadosa,
De virtud tan divina,
Del dolor en la noche tormentosa
Ofreciera la imágen peregrina?

¡Ven, ven á ser feliz! Hay una gloria
Mas sólida y brillante,
Que en lid oscura, de vulgar victoria
Mústio láuro ceñir un breve instante.

La caridad es cielo de la tierra;
Su radiante corona,
Del bien emblema, la ventura encierra
Y hermanos crea en una y otra zona.

Que nunca al corazón desapiadado
Lucirá amiga estrella;
Ni una flor de perfume regalado
Brota nunca á su execrada huella.

La caridad es sol del que camina
Perdido en el desierto;
Es el faro brillante que ilumina
Las negras sirtes del soñado puerto.

La caridad, perenne primavera
Brinda al liviano mundo;
Son las rosas que brota placentera
De inextinguible amor gérmen fecundo.

¡Es tan dulce la voz de la ternura,
Es tan divino encanto
Acallar el clamor de la amargura
Y recoger del que padece el llanto!

M. M. Flamant.

ELENA.

(Traducción libre.)

(Continuación.)

IV.

Siete años habían trascurrido después de estos acontecimientos; Elena y Emilio objeto de crítica para unos, y de respeto para otros en los primeros momentos de su desgracia, se hallaban en la actualidad completamente olvidados. Vivían oscuros y desconocidos en una de las calles más retiradas de Barcelona: Elena utilizaba sus conocimientos en la pintura, iluminando países de abanicos, Emilio se había colocado en una fábrica de tegidos; jamás quizá habían sido más dichosos, ni se habían amado con ma-

yor ternura. Dios les había concedido un hijo y á menudo repetía Emilio que nada tenía que desear en el mundo.

—¿Nada? decía Elena para sí: y esa máquina sin concluir que le preocupa hasta en sueños!... y el disgusto que trasluzco al través del cuidado con que guarda sus planos, que á sus solas contempla muchos ratos!... tiene razón, mi dote pertenece á nuestro hijo.... Dios mío, ayudadme en la empresa que he comenzado!

Ningun disgusto turbaba la unión de ambos esposos, tan dichosos al reunirse cada noche en su humilde habitación; sin embargo, Emilio se admiraba de que á pesar de la economía que tenía Elena en el gasto de la casa, no pudieran reunir ahorros al cabo del año. Elena ganaba con su pincel una suma bastante crecida; su dote producía un interés fijo, y Emilio no se reservaba nada para sus gastos, del sueldo que recibía. ¿Cómo, pues, todos estos recursos reunidos, no alcanzaban más que á cubrir lo necesario en su modesta subsistencia? Varias veces había hecho esta observación á Elena, quien se sonrojaba y parecía tan turbada, que temiendo afligirla no había vuelto á hablar de ello. Poco acostumbrada á la economía, no sabría sin duda distribuir el dinero con el orden necesario para poder obtener ahorros.

—¡Que sea dichosa ante todo, y dueña absoluta en la casa! decía Emilio; es el único presente que puedo ofrecerle en cambio de su pérdida fortuna: trabaja la pobre con una constancia ejemplar. ¡Oh! Elena mía, no era este el porvenir que yo había soñado para tí!...

Cierta mañana Elena recibió una esquela que abrió precipitadamente, y después de recorrer su contenido dió un grito.

—¿Qué sucede? preguntó Emilio.

—La fecha de esta carta me ha sorprendido: ¿no recuerdas que hoy es el aniversario del día en que empezamos nuestra vida de trabajo y de verdadera felicidad?

—En efecto, dijo Emilio, hoy hace siete años!...

—Es menester, dijo Elena, con entusiasmo... si, es menester solemnizar este aniversario; el sol está claro y brillante, los árboles comienzan á retoñar; vámonos al campo á gozar de tan grata perspectiva...

—Yo no puedo disponer de mi, bien lo sabes....

—Por una vez bien puedes faltar, dijo Elena sonriendo; mientras que yo visto á Enrique vé á decir al dueño de la fábrica que un negocio importante... si, vé, yo te lo ruego... ¿Te ries?... ¿con que no es negocio de importancia el capricho de una esposa, tanto mas, cuánto que es el primero durante siete años?

—¡Obedezco! contestó Emilio cogiendo el sombrero y vuelvo al instante.

—Este día, es el mas feliz de mi vida, dijo Elena tomando al niño en sus brazos. Enrique mio ¿amas á tu padre? ámale mucho porque es el mejor de los esposos y de los padres!

(Se continuará.)

LABORES.

Prendido de felpillas.

Para hacer este lindo adorno de cabeza se toma un alambre de bastante elasticidad y se le dá la forma que marca el núm. 9 de nuestro pliego de dibujos: sobre esta armadura se coloca un tul doble, un poco engomado.

Se compra una pieza de felpilla alambrada del grueso que señala el dibujo. Para principiar la labor se asegura una punta de la felpilla en el punto C de la armadura y se van haciendo ondas, como indica el dibujo, pero mas juntas unas á otras, pues se han señalado algo separadas para que se comprenda mejor el modo de ejecutar.

En llegando al punto D se dá vuelta á la felpilla y se trabaja de izquierda á derecha, haciendo la segunda vuelta de ondas sobre las primeras. Concluida esta en el punto E se vuelve de izquierda á derecha para formar la tercera vuelta, continuando asi las sucesivas hasta llegar al punto A. Aquí se rodea la felpilla al elástico, cubriéndolo hasta el punto B en donde se corta la felpilla, sujetándola antes en el revés de la armadura. Hecho este lado del prendido, es escusado decir que para hacer el otro se repite exactamente la misma operacion, procurando en todo que ni el tul, ni el alambre se vean despues de concluido el prendido, que presentará la vista que ofrece el núm. 10 de mismo pliego.

Este adorno, que comprado no deja de costar, sale por una friolera hecho en casa. Ejecutado con felpilla rosa, celeste, ó verde manzana, es un capricho muy gracioso y á propósito para reüniones de confianza. Hecho con felpilla granate ó de otro color oscuro es de muy buen efecto para casa.

ESPLICACION DEL PLIEGO DE DIBUJOS.

- Núm. 1. Escudo para esquina de pañuelo: bordado al pasado y feston punto de rosa.
 Núm. 2. Luisa: bordado al pasado.
 Núm. 3. Cuello á lo mosquetero: bordado al pasado y á la inglesa.
 Núm. 4. Vuelo para mangas, correspondientes al cuello del número anterior.
 Núm. 5. Escudo para pañuelo sencillo ó para marcar ropa de mesa.
 Núm. 6. G. V.: bordado al pasado.
 Núm. 7. Virginia: bordado al pasado.
 Núm. 8. Escudo.
 Núm. 9. Modelo para hacer el prendido de felpillas, de que trata el artículo de labores.

Núm. 10. Vista del prendido anterior armado.

Núm. 11. Entredos para gorra ó camisita de niño: bordado al pasado.

Núm. 12. Vista de la manga armada para inteligencia del vuelo núm. 4.

Núm. 13. F. B.: bordado al pasado.

Núm. 14. Matilde: bordado al pasado.

Núm. 15. A. L.: bordado á la inglesa.

REVISTA DE MADRID.

El primer baile de máscaras, dado en el Teatro Real, ha correspondido á las esperanzas que nos hizo concebir la empresa que los tiene este año á su cargo. El paleo escénico, sino tenia la elegancia y grandeza de la platea, porque no es tan fácil, correspondía dignamente, y la decoración era del mejor gusto. Buena alfombra, brillante alumbrado y una orquesta inmejorable, contribuían á que se deslizaran ligeras las horas que robábamos al descanso.

La concurrencia era mas que numerosa, y á media noche el salon, los palcos, los cafés y el ambigü, que ofrecia un magnífico golpe de vista, estaba todo lleno de gente. Los polkistas sudaron de lo lindo y terminaron con vistosas carreras en la galop final, cuya música, acompañada de una regular campana que hacia el mejor efecto, contribuía á la bulla, que parecia tocaban á rebato.

A las seis y media terminó el baile, en el cual reinó el mayor orden y animacion.

El segundo, sino tan extraordinariamente concurrido, no ha dejado por eso de estar tan brillante, prometiendo estarlo los de carnaval; pues el Teatro Real es indudablemente el local mas á propósito para las máscaras.

Las reuniones particulares nos ofrecen tambien ancho campo. Al baile que ha dado la señora de Casa-Bayona ha seguido el de

la embajada francesa que ha inaugurado sus magníficos y envidiados salones adornados con la mayor riqueza y el mejor gusto.

La señora de Ferrant ha obsequiado tambien á sus amigos con un baile de máscaras en el que reinó la mayor animacion y hubo elegancia en los trages: y el señor ministro de Sajonia y el señor duque de Abrantes, reciben, el primero en esta semana, y el segundo el lunes de carnaval.

El baile que debió haberse celebrado el domingo en el palacio de la reina madre, se ha suspendido por el luto de corte para el 4 del próximo febrero, que no tendrá la funesta interrupcion que tuvo el del mismo dia del año pasado. Pero de este baile y de algunos de los que solo hemos hecho ligera indicacion, nos ocuparemos en el próximo número, en el cual podremos quizá dar cuenta del suceso que hace dias está siendo el objeto de todas las conversaciones, no solo de España sino de toda la Europa; el matrimonio del emperador de los franceses con la condesa de Teba.

MODAS.

Las noticias de modas recibidas de Paris por el correo de ayer, son en extremo alarmantes. La moda del imperio todo lo invade, y concluirá por arrinconar los trages á la Pompadour y al estilo de Luis XIII, que hacen nuestras delicias.

En el último baile de las Tullerías, llamaba la atencion una linda jóven que vestia un traje del tiempo de la reina Hortensia. Este vestido, de terciopelo punzó, bordado de oro, cuyo cuerpo alto llegaba casi hasta debajo del brazo, envolvía en su falda, estrecha como la funda de un paraguas, el cuerpo gentil y airoso de la bailarina.

Su aparicion produjo una admiracion general, y escitó una semi-revolucion femenina. Las elegantes, las que están hoy en

posesion de regir los destinos de la moda, la acogieron con el mas soberano desprecio.

—Es por hacerse notable, decian unas.

—¡Qué cosa tan horrible! exclamaban otras. El emperador es demasiado galante para exigir de nosotras semejante sacrificio. Esto seria un crimen de lesa elegancia.

Sin embargo, la flor y nata de la caballeria imperial la encontró admirable, porque aquel trage dibujaba con la mayor perfeccion su delicado talle y daba á su continente el aire magestuoso de una estátua.

Lo cierto es que este vestido ha obtenido un verdadero triunfo de curiosidad, y tendrá sin duda muchas prosélitas. Mr. Alfonso Karr ha dicho á propósito de las modas antiguas, que si nos parecian ridiculas, era porque las contemplábamos en estampa, sin hacernos cargo de que faltaban allí los ojos expresivos del original para dar vida al cuadro. El ingenioso critico tiene razon.

Nuestras lectoras pensarán quizá que solo nosotras tenemos derecho para alarmarnos y protestar contra una moda que nos vá tan mal, pues no estamos solas en esta ocasion: los señores hombres no salen mejor parados.

Al cabo los vestidos angostos, y de corto talle, parecerán deliciosos en cuanto así lo quiera media docena de mugeres hermosas y elegantes.

Pero ¡los hombres! tener que renunciar al cómodo pantalon, tan universalmente admitido para todas las circunstancias de la vida, es una cosa atroz. Y sin embargo entre nuestros vecinos de allende el Pirineo un ejemplo autorizado destierra de las reuniones oficiales esta prenda, tan socorrida del trage masculino, que así les servia para *négligé* de la mañana, como para vestido de etiqueta; de aquel pantalon, sobre todo tan á propósito para ocultar los defectos de una pierna mal formada.

La moda ostentosa del día así lo ecsige, y dentro de poco nadie será admitido en altas regiones sino con calzon corto y media de

seda; hasta el simple frac negro será desterrado de estas recepciones solemnes, y no podrá alternar con los uniformes bordados.

Es sumamente curioso oír las discusiones que se entablan con este motivo entre los que tienen pretensiones de lucir una buena pierna y los que no quieren perder el derecho de tapar las suyas. Cuestion es esta demasiado seria y que no pueden cortar los sastres, porque su intervencion en ella no pasa de la hebilla del calzon; de allí abajo ya es atribucion de los fabricantes de medias.

Hablando con formalidad nada vamos á perder con que esta moda se generalize, no solo como trage de corte, sino tambien de buena sociedad. Para que el vestir de los hombres guarde armonia con los vistosos adornos de las señoras, podrian adoptar, para baile, calzon y media blanca, lo cual daria mas brillo al punto de vista de los talones, que oscurece demasiado el pantalon negro.

En este punto las mugeres estamos de enhorabuena si se destierra completamente de toda reunion la costumbre de bailar con botas.

Aurora.

ADVERTENCIA.

Las señoras suscriptoras á la edicion especial con dos figurines recibirán con este número el segundo figurin de este mes. Con el primer número de Febrero repartimos el segundo pliego de los abecedarios.

MADRID: 1853.

Imprenta del Correo de la Moda, á cargo de Agustin Puigrós Vega, calle Sin Puertitas, núm. 2.

ALBUM DE SEÑORITAS

CORREO DE LA MODA.

SUPLEMENTO AL NUMERO 4.

TRATADO DEL ARTE DE BORDAR.⁽¹⁾

En ninguna época han gozado los bordados de un favor tan general como en la presente: no hay señora que no los use, y son muy pocas las que, por razones de economía ó de distracción, no caigan en la tentación de querer hacerlos.

Todos los días la invención de los dibujantes presenta nuevos diseños á cual mas lindos y graciosos, y á cual mas propios tambien para ejercitar la habilidad y el buen gusto de las señoritas. Destinados á servir de modelo para los adornos mas elegantes, apenas hay una que no entre en deseos de tener alguno de estos bordados hecho de su mano.

Pero el bordado al paso que se ha perfeccionado y enriquecido, se ha hecho mas difícil. No basta el bordar de cualquiera manera, es menester bordar bien,

(1) Este tratado es propiedad del Editor.

y como no en todas partes hay quien sepa enseñar, hemos acogido con el mayor gusto la idea sugerida por algunas de nuestras constantes suscriptoras de publicar un *Tratado del arte de bordar*.

Haciendo conocer á nuestras lectoras, con esplicaciones claras y sencillas, el método de las mejores bordadoras, les ayudaremos á vencer las dificultades y á perfeccionar el trabajo, y su resultado les será sin duda alguna tanto mas satisfactorio y atractivo, cuanto mas principalmente sea fruto de su aplicacion y paciencia.

De los bordados en general.

Toda clase de bordado se hace ó la mano ó en bastidor, y necesita de una aguja ó de un gancho. Los calados, complemento indispensable de casi todos los bordados, son una parte importante de ellos, y forman por su especialidad un ramo separado del arte de bordar. Así, pues, este *Tratado* se dividirá en tres partes: el bordado á la mano; los calados; y el bordado al bastidor.



PRIMERA PARTE.

Del bordado á la mano.

El bordado á la mano comprende el feston, el cordoncillo, el bordado al pasado, el de realce, el punto de armas, el de cadeneta, el bordado al trapo y el bordado de aplicacion.

Aunque no sea imposible bordar bien colocando la tela, cuando es trasparente, sobre un dibujo hecho en papel, se borda, sin duda alguna, con mas comodidad y soltura señalando el dibujo sobre la misma tela, y aun si ésta no es bastante clara, que permita ver el dibujo bien distintamente, es de todo punto indispensable practicar esta operacion.

El proceder mas conocido para trasportar el dibujo sobre la tela se llama *picado ó estarcido*: el método de usarlo es el siguiente:

Se estiende sobre una mesa un pedazo de paño ó una manta de franela doblada; colócanse encima dos hojas de papel, y sobre estas el dibujo. Se las sujeta juntas con alfileres en el paño, para que no hagan movimiento, y en seguida con una aguja larga, y medianamente gruesa, se van picando con regularidad todos los trozos del diseño, de manera que quede exactamente señalado sobre el papel que se ha puesto debajo. Se debe poner un cuidado particular en marcar bien las partes agudas y los mas pequeños contornos del dibujo: las picaduras deben estar lo mas aproximadas que sea posible unas á otras, á fin de que indiquen con precision sus líneas, vueltas ó inclinaciones. No es absolutamente necesario que sean dos las hojas de papel que se pongan debajo del dibujo, pero se hace mejor esta operacion en un papel doble. La hoja que debe servir con preferencia es la de encima, que es la mas inmediata al dibujo.

Picado el dibujo, seria bueno pasar por el revés de las picaduras una piedra pómez,

si se tuviese á mano, para igualar los bordes que la aguja ha formado.

Hecho esto, se estiende sobre el paño la tela que se quiere bordar: colócase sobre ella el dibujo picado, pasando por encima de todas las picaduras una muñequita empapada en unos polvos á propósito, de que hablaremos despues: estos polvos penetrando por los agujeritos reproducen el dibujo sobre la tela. Para impedir que se borre se pasa por encima una plancha caliente, despues de haberlo cubierto con una hoja de papel. La resina que contienen los polvos se derrite con el calor, y fija de este modo el dibujo sobre la tela.

Estos polvos deben ser negros para usarlos sobre tela blanca, ó blancos si esta es de color.

Para obtener estos polvos se pone á derretir en un puchero nuevo un poco de almálica, con una trigésima parte de aceite, ó mejor, de cera virgen, añadiéndole lo suficiente de polvos de marfil ó humo de pez, para que tome buen negro, y meneándolo con una espátula hasta que se deslia completamente: en este estado se va echando esta composicion en unos naipes, cuyas orillas se doblan para que formen como una cajita, y cuando está bien fria se la reduce á polvo, moliéndola bien y pasándola por un tamiz. Si se quiere que estos polvos sean blancos, en lugar de poner humo de pez se pone de albayalde, todo lo mas que se pueda.

Para hacer la muñequita se toma un pedazo de castor ó de paño, que tenga de doce á quince centímetros de largo, por seis de ancho: se rodea esta tira sobre si misma, sujetándola despues con un cordoncito de seda ó un hilo fuerte, por todo su largo, dejando sin atar á cada uno de los cabos un poco menos de un dedo.

Escusado es decir, que adonde no haya proporcion ó tiempo para hacer estos polvos, puede suplirse por el medio mas conocido y usual de un cisquero ó muñequita de lienzo

fino, que contenga carbon molido ó albayalde bien pulverizado.

II.

El *picado* ó *estarcido* será siempre el proceder preferido de los dibujantes, y verdaderamente cuando hay que reproducir muchas veces el mismo dibujo, como por ejemplo, para la guarnicion de una falda, es sin duda alguna el mas breve y espedito. Sin embargo no será fuera del caso hacer referencia de un papel llamado de *decalcar* nuevamente inventado, que reemplaza con ventaja, en algunas ocasiones, al *picado*. Este papel, del mismo modo que los polvos de que hemos hablado antes, se hace de diferentes colores: azul, para dibujar sobre blanco; encarnado ó amarillo, para telas oscuras. Para usarle se estiende la tela encima de uno ó dos pliegos de papel blanco, como si se fuese á escribir: sobre la tela se coloca el papel de *decalcar*, y sobre éste se pone el dibujo, sujetándolo todo con alfileres. Hechos estos preparativos se van delineando con un punzon de marfil, ó un lápiz de bastante dureza, todos los trazos del dibujo, repasándolo dos ó tres veces con la fuerza necesaria para que queden bien marcados sobre la tela.

Si el papel de *decalcar* es bueno debe señalarse por ambos lados, y en este caso, para dibujar un pañuelo, por ejemplo, se puede, despues de haber colocado este papel sobre una esquina del pañuelo, doblar otra encima, poniendo sobre ésta el dibujo, y de esta manera se dibujan las dos esquinas á la vez. Del mismo modo puede procederse para otros objetos semejantes, como tiras, guarniciones, etc., cuyo dibujo no tenga izquierda ni derecha: lo propio puede hacerse con cuellos ú otros objetos, cuyo medio sea tal, que doblado resulten sus dos lados enteramente iguales. Si no lo fuesen, se hace primero el centro solo, doblando despues la tela para hacer los lados iguales.

Se entiende, sin necesidad de advertirlo, que hay que poner mucho cuidado para que no aparezcan irregularidades al doblar ó trasportar el dibujo de la manera que acabamos de explicar.

III.

Cuando se borda sobre el dibujo es menester forrarlo de otro papel que no sea demasiado fuerte. Si el dibujo se ha trasportado á la tela, se forrará tambien el papel amarillo, ó la percalina lustrosa que se pone debajo de ella, sujetando ambas cosas con algunos hilvanes. Debe comenzarse hilvanando todo alrededor del dibujo exteriormente, y esto bastará si no es demasiado ancho: si lo fuese, será preciso dar por su centro algunos puntos, teniendo cuidado de que no caigan encima del dibujo.

La tela ha de quedar bien tirante por igual, de manera que sus hilos resulten enteramente rectos, tanto á lo largo como á lo ancho, procurando tambien que no quede mas corta que el papel que se pone debajo.

Del punto del feston.

Antes de principiar á hacer el feston se necesita trazar el dibujo, cuya operacion se reduce á cubrir todos los contornos de éste con bastillas, en las que se procurará no coger mas que uno ó dos hilos en cada punto para que el trazado quede todo por encima de la tela.

Apenas hay una muger que no sepa cómo se hace un feston: una corta explicacion bastará sin embargo para que comprendan el método de ejecutarlo aquellas que nunca lo hayan hecho.

Comenzaremos diciendo de qué modo se ha de tener la labor. Se la coloca sobre el dedo índice de la mano izquierda, sujetándola con firmeza por delante con el dedo pequeño, y por detrás con los otros dos, á fin de que el pulgar quede enteramente libre

para dirigir el algodón ó hilo con que se borda, y ayudar á la aguja siempre que sea menester.

Preparada y colocada así la labor, para principiar á hacer un feston se sujeta el algodón con dos á tres puntadas en el trazado, despues se pasa el hilo sobre el pulgar, que lo retiene, y hace formar una lazada. En el sitio donde está sujeto, y por dentro de la lazada, se mete la aguja por un lado del trazado, y se la saca por el otro, vuelta la punta hácia sí. Al sacar el hilo se tiene ya hecho un punto del feston, y se prepara otro volviendo á pasar en seguida el algodón sobre el dedo pulgar.

No será inútil advertir aquí, que para comprender mas fácilmente esta esplicacion y las siguientes, conviene ir ejecutando al mismo tiempo que se lee.

Para que el feston queda bien hecho no se ha de coger á cada punto mas tela que aquella que precisamente cubra el trazado; es decir, que se ha de meter la aguja por el mismo trazado, y sacarla todo lo junto á él que sea posible, porque sino se hace así, la tela quedaria encogida por los puntos, lo que no deja de ser un defecto.

Cuando el feston haya de ser ancho, lo cual se indica en el dibujo por la separacion de las líneas dobles, hay que trazar estas dos líneas, y este feston se llama *mate*. Si se quiere que al mismo tiempo el feston sea de realce, se le rellena, cuya operacion consiste en hacer algunas bastillas largas, unas sobre otras, entre las dos líneas del trazado.

En estas bastillas, lo mismo que en los puntos del trazado, no se debe coger con la aguja mas que uno ó dos hilos, porque el algodón que pasa por debajo se desperdicia. Quanto menos tirante quede el algodón mas lugar ocupa, y necesita por consiguiente menos puntos, y así tambien tiene el relleno mas elasticidad, quedando mas sostenido, sin ser duro. El feston mate, y de realce á la vez, se llama feston *punto de rosa*.

Se bordan invariablemente á punto de feston todos los contornos esteriore de un bordado que hayan de recortarse, ya sean ondas, ya líneas rectas ó curvas.

Una sola recomendacion tenemos que hacer á nuestras lectoras sobre las ondas, y es: que se debe cuidar al trazarlas de que no se junten, sino por los puntos estremos de sus bases, y lo mismo al festonearlas; así, pues, se procurará evitar el tomar juntos el trazado de la onda que se concluye con el de la siguiente, aunque muchas veces se encuentren casi unidas. Se festoneará por separado la primera todo lo distante que sea posible, de modo que queden dos ó tres puntos á lo menos de una á otra. Entonces se mete la aguja por debajo del último punto, y se la hace salir por encima de este ó del anterior. Para hacer el primer punto de la onda que va á principiarse, hay que sacar la aguja por el mismo sitio por donde sale el algodón: el tercer punto no debe coger nunca mas que el trazado. — T. P.

(Véase la continuacion en los números desde el 1.º de la 2.ª época, del 8 de Enero de 1855.)

Madrid 1853.

Imp. del Correo de la Moda, á cargo de Agustin P. Vega, calle Sin Puertas, número 2.